

BLOOCK DE BEHAR, Lisa: *Análisis de un lenguaje en crisis*. Editorial Nuestra Tierra. Montevideo, 1969, 143 págs.

Fue Emir Rodríguez Monegal, junto con quienes redactaron la revista parisiense *Mundo Nuevo*, los que insistieron repetidamente en señalar que uno de los rasgos más distintivos de la reciente narrativa hispanoamericana partía de su nueva (o renovada) actitud frente al lenguaje. Este libro —que ha pasado casi inadvertido para la mayoría de los críticos— es el primero que intenta sistemáticamente analizar ese aspecto. A partir de un conjunto de textos tomados de Borges, Cortázar, Carlos Fuentes, Cabrera Infante, Lezama Lima, Rulfo y García Márquez, la autora estudia este proceso de insurrección contra todo lenguaje heredado y socializado, que constituye tal vez la nota más difícilmente analizable de la nueva narrativa.

El trabajo parte de la conciencia de esta insurrección y renovación basada sobre: *a)* una irreverencia agresiva frente a las convenciones más respetadas; *b)* rechazo de todos los automatismos de expresión tanto a nivel escrito como oral (frases hechas, clisés, citas trilladas, pedantes o escolásticos); *c)* invasión de contextos serios por transcripciones del habla corriente y vulgar; *d)* intención irónica o cómica siempre presente. Por eso puede decirse que todos estos estilos persiguen (y esta es una nota que la autora y otros críticos actuales a veces olvidan demasiado fácilmente) lo que persiguieron siempre los grandes escritores: transformación del lenguaje literario heredado. Lo que ha cambiado en ellos son los métodos y los recursos a los cuales apelaron para esa destrucción de toda la retórica literaria anterior. Esta fractura de estilos recibidos ha alcanzado niveles jamás antes intentados: resquebrajamiento de la sintaxis, participación obligada, necesaria —y supuesta— del lector, transformación del léxico, rechazo de la ortografía, la fonética de la palabra y de la frase es alegremente cambiada, y se exige una flexibilidad lingüística que aprovecha (con muy sabia conciencia) todos los recursos del pasado (desde Quevedo hasta Góngora). Y por sobre todas las cosas, aprovechamiento del mismo código lingüístico para —a través de sus resquicios más vulnerables— destruirlo con fines expresivos inéditos. Por eso Octavio Paz ha hablado de «una tradición de la ruptura» como nota característica del arte contemporáneo.

La nota más destacada de esta nueva retórica literaria sería en primer lugar la búsqueda de un enriquecimiento del lenguaje literario a partir de los materiales más anodinos, menos «artísticos», del habla coloquial. En segundo término el rechazo de todo lo heredado como estilo de la literatura; eso que lleva Cortázar a decir que quiere «describir» sus obras, antes que escribirlas.

Otro elemento fundamental de este nuevo lenguaje es la importancia que da al humor; y lo humorístico se expresa en primer término en la frecuencia de bruscos desniveles que iluminan mutuamente términos nunca antes puestos juntos o destruyen clichés y frases hechas mostrando su pobreza y su absurdo (como ya había hecho Quevedo, por ejemplo). Así se revitalizan fórmulas que parecían agotadas y nacen otras nuevas. Dentro de esta línea que va de la carcajada a la ironía velada se destaca el nuevo empleo del oxímoron (inaugurado admirablemente por Borges), así como la utilización de antiperítesis y metáforas complejas. Cabrera Infante tal vez sea quien ha aprovechado más del recurso de destruir frases y hasta proverbios coloquiales, mostrando sus esclerosis. Otro recurso frecuente es quebrar estas momias lingüísticas a través de la dílogia, aprovechando los varios sentidos de una palabra en un cliché (uso que aparece reiteradamente en Quevedo, Góngora y Lope).

La casi mayoría de estos autores ha recurrido además a la yuxtaposición de varios términos para conjugar un único vocablo («... mientras Babs lo miraba admirada y bebiendosupalabrasdeunsolotrago...», *Rayuela* (1)); en otros casos, ha enfatizado esas palabras separándolas cuidadosamente en sílabas, y así parecen desposeídas de su valor semántico y de vuelta en el mundo de lo fónico. O sea, explotar literariamente los aspectos materiales del lenguaje y, a la vez, volverse revolucionariamente en contra del mito sacralizado de la letra escrita, de la palabra escrita, rescatando la dimensión de la voz, la libertad de lo oral. Otro de los recursos en esta desmitificación de *lo escrito* parte de la técnica de agregar letras a las palabras (por ejemplo, las famosas haches tan reiteradas y absurdas de Cortázar).

Un aspecto destacable consiste en la invención neológica, en la expresión de formas lingüísticas nuevas, lo cual manifiesta una constante de la relación escritor-sociedad que aquí se da como un consciente rechazo y enfrentamiento de lo establecido. Claro que el escritor —frente al peligro de no ser comprendido por su lector— recurre a la analogía, al contexto literario o físico, a la llamada de atención a través del entorno o de la nota humorística. Borges, Bioy Casares, Cabrera Infante, Cortázar, Fuentes, han recurrido a este procedimiento o lo han analizado con agudeza.

Entre los rechazos, el más permanente es el de lo académico, el de lo establecido y heredado: el purismo, las opiniones autorizadas, las formas de la colectividad cristalizadas en normas, lo que ha recibido el consenso oficial o público. Una de las manifestaciones más frecuentes de este rechazo es la mezcla de formas lingüísticas de los más distintos idiomas y de los más distintos niveles (véase ciertas páginas de *Cambio de piel* o de *La región más transparente*). Los autores hispanoamericanos no solamente recurren para su expresión a un variado vocabulario internacional, sino que han dado carta de ciudadanía a los distintos modos «nacionales» de esa enorme geografía

¹ CORTÁZAR, Julio: *Rayuela*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1968, pág. 506.

lingüística que va desde los Pirineos hasta el estrecho de Magallanes, y así mezclan expresiones de La Habana, de Caracas, de Madrid y de Buenos Aires, sin conflictos ni preocupaciones nacionalistas o casticistas. Esta renovación del lenguaje literario también se da a nivel de la intromisión de lo coloquial, y lo oral no aparece solamente en un contexto dialogado: también invade, sin traumas, contextos descriptivos, momentos en que el autor se dirige al lector y hasta pasajes marcadamente «literarios». En esta búsqueda se ha llegado hasta a «decir las cosas mal a sabiendas» y se ha caído en una retórica de la ruptura, del feísmo lingüístico, de un lenguaje sin control que copia textualmente de la grabadora y de lo oído, sin dar ni las mínimas indicaciones situacionales del discurso.

Por fin, el juego lingüístico instaura toda una novela contemporánea: *Tres tristes tigres*, de Cabrera Infante. A esta obra dedica todo un jugoso capítulo la autora (págs. 93-103) que recomendamos leer. El siguiente analiza la utilización especialísima que Lezama Lima realiza de los mitos y las imágenes literarias heredadas, examinadas con hondura y con agudeza. «La purificación por el silencio» examina con brevedad inteligente toda la retórica de Juan Rulfo. Remata esta obra, mucho más rica por los campos de análisis particulares que abre, que por su extensión, una muy rápida pero sustanciosa descripción del estilo mágico de García Márquez.

Enfoque general de las notas características comunes, análisis particular de distintos estilos individuales: esto y mucho más encontrará en este libro todo aquel interesado en el nuevo fenómeno de la narrativa hispanoamericana examinada en su misma entraña verbal.

RODOLFO A. BORELLO

GODOY, Hernán: *El oficio de las letras*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1971, 260 págs.

El pobrísimo panorama de los estudios de sociología literaria hispanoamericana resulta renovado con este libro que, sobre la base de una encuesta realizada a 250 escritores chilenos, ha intentado por vez primera en Hispanoamérica, una investigación sólidamente fundada de la situación de todo un sector intelectual del continente hispanohablante.

Analizar aquí este trabajo excedería largamente el espacio disponible, pero sí resulta sumamente importante copiar algunas de sus conclusiones. En primer lugar debe destacarse que es la primera descripción teórica y científica de la vida literaria en un país de habla española. Y no es inoportuno dejar bien en claro que el autor ha partido de un sólido conocimiento de los vastos problemas conexos con su investigación: sociología del conocimiento, sociología del intelectual, problemas técnicos y tabulación exacta de las casi 16.000 respuestas...

La situación social de los escritores chilenos: casi un tercio son hijos de profesionales con formación universitaria, otros nacieron en familias de comerciantes, militares o empleados. Apenas el cinco por ciento procede de familias de obreros o agricultores. La mayoría pertenecen a la clase media y apenas el 30 por 100 vienen de hogares intelectuales. Casi la mitad estudiaron en colegios privados, de pago; casi el 70 por 100 se desempeñan en ocupaciones